

*Los MacKade II*

# NORA ROBERTS

*Atreverse a amar*



Jared tenía que elegir entre una mujer ardiente y su frío orgullo. Estaba acostumbrado a salirse con la suya, sobre todo con las mujeres, pero con Savannah Morningstar no llegaba a ninguna parte. Aquélla mujer, de una espléndida belleza, mantenía una actitud testaruda que estaba haciendo estragos en el ego masculino. Y, cuando alguien pisoteaba el orgullo de los MacKade, siempre se desataba un infierno...

## PRÓLOGO

Los bosques resonaban con los ecos de los gritos de guerra y los pies que corrían. Las tropas estaban inmersas en la batalla, sembrando los campos más allá de los árboles con bombardeos esporádicos. El día vibraba con el choque de las armas y los gritos de los heridos.

Se habían perdido docenas de vidas y los supervivientes todavía buscaban más sangre.

Aún verdes y lozanas en el verano agonizante, las hojas formaban un dosel que sólo dejaba pasar algunos rayos de sol, delgados y polvorientos. El aire era pesado y húmedo, y llevaba el olor penetrante a tierra y animal en su calor sofocante.

No había otro sitio en que Jared MacKade se sintiera más feliz que en los bosques encantados.

Era un oficial de La Unión, un capitán. Tenía que serlo porque, a los doce años, era el más veterano y estaba en su derecho. Sus tropas se componían exclusivamente de su hermano Devin quien, teniendo diez, debía conformarse con el rango de cabo.

Su misión estaba clara, aniquilar a Los Rebeldes. Y, siendo la guerra un asunto serio, Jared había planeado su estrategia. Había escogido a Devin para que fuera su tropa porque sabía cumplir las órdenes. Devin también sabía utilizar la cabeza. Y, sobre todo, era un luchador cuerpo a cuerpo implacable que nunca hacía prisioneros.

Rafe y Shane, los otros dos hermanos MacKade, también eran unos combatientes feroces, pero Jared sabía que se dejaban dominar por sus impulsos. En aquel momento,

corrían por el bosque, gritando y aullando, mientras que Jared, esperaba emboscado en silencio.

—Atento, van a separarse —murmuró a Devin, que se agazapaba junto a él tras los arbustos—. Rafe quiere que salgamos para hacernos papilla. No tiene mentalidad militar.

Jared escupió, porque tenía doce años y, a esa edad, escupir era estupendo.

—Shane ni siquiera tiene mentalidad —dijo Devin con el desdén característico entre hermanos.

Los dos se sonrieron con el comentario, dos niños con el pelo negro revuelto y caras hermosas, sucias de tierra y sudor. Los ojos de Jared, de un profundo verde hierba, escudriñaban el bosque. Conocía cada roca, cada tocón, cada trocha. A menudo, iba allí solo a pasear o simplemente a sentarse. Y a escuchar. Escuchaba el viento en los árboles, el roce furtivo de los conejos y las ardillas. El murmullo de los fantasmas.

Sabía que otros hombres habían luchado y muerto allí y eso le fascinaba. Se había criado en Antietam, Maryland, un campo de batalla de la Guerra Civil y conocía, como cualquier otro muchacho, las maniobras y errores, los triunfos y las tragedias de aquel aciago día de septiembre de 1862.

La batalla que había conquistado su lugar en la historia como la más sangrienta de la Guerra Civil excitaba la imaginación del niño. Había rastreado cada palmo del campo de batalla con sus hermanos, se había hecho el muerto en Bloody Lane, había corrido por sus propios campos de maíz, donde la pólvora negra había chamuscado las cañas hacía tanto tiempo.

Se había pasado más de una noche meditando sobre el concepto de que un hermano luchara contra otro hermano, en serio, y se preguntaba qué papel habría desempeñado de haber nacido en aquellos días heroicos y terribles.

Sin embargo, lo que más le fascinaba era que los hombres hubieran sacrificado sus vidas por una idea. A menu-

do, cuando se sentaba en silencio en medio del bosque, soñaba con pelear por algo tan valioso como una idea y morir con orgullo.

Su madre solía decirle que un hombre necesitaba metas, y creencias profundas, y orgullo para realizarlas. Y entonces, ella se echaba a reír con su risa profunda, le revolvía el pelo y le decía que tener orgullo nunca sería un problema para él. Ya tenía demasiado.

El perder no era una opción para Jared MacKade.

—Ahí vienen —susurró.

Devin asintió con un gesto. También había oído el crujir de ramas, el roce de los arbustos y esperaba su momento.

—Rafe va por ahí. Shane ha dado la vuelta por detrás.

Jared no cuestionó la afirmación de Devin. Su hermano tenía los instintos de un gato.

—Yo me encargo de Rafe. Tú espera hasta que nos liemos. Shane vendrá corriendo. Entonces, te lo cargas.

Los ojos de Jared brillaban de anticipación. Los dos se estrecharon la mano en un breve saludo.

—Victoria o muerte.

Jared divisó por fin la vieja camisa azul, una mancha de color en movimiento mientras que el enemigo corría de un árbol a otro. Con la paciencia de una serpiente, esperó y esperó. Entonces, con un grito que helaba la sangre, saltó.

Tiró a Rafe en una carga que los llevó rodando a un zarzal. Fue un buen ataque por sorpresa. Pero Jared no era tan tonto como para pensar que todo acababa ahí. Rafe era un oponente de cuidado, como cualquier chico de la escuela primaria de Antietam podía atestiguar. Peleaba con una alegría fanática que Jared entendía perfectamente.

En realidad, no había nada mejor que darle de mamporros a alguien en un caluroso día de verano, cuando la amenaza de la escuela estaba cada vez más cercana y las tareas de la mañana habían quedado atrás.

Las espinas rasgaron las ropas y arañaron la piel. Los dos chicos volvieron rodando a la senda, los codos y los

puños golpeaban, los tacones de las zapatillas se hundían en el suelo buscando apoyo. Muy cerca, otra pelea había comenzado con maldiciones y gruñidos, y el satisfactorio entorchocar de cuerpos sobre la hojarasca seca. Los hermanos MacKade estaban en el paraíso.

—¡Estás muerto, escoria rebelde! —gritó Jared cuando se las arregló para coger a Rafe por el cuello en una llave resbaladiza.

—¡Vendrás conmigo al infierno, panza-azul! —chilló Rafe.

Al final, rodaron separándose, simplemente estaban demasiado igualados, sucios, sin aliento y riéndose.

Limpiándose la sangre de un labio partido, Jared volvió la cabeza para ver cómo sus tropas daban cuenta del enemigo. Parecía que Devin iba a quedar con un ojo morado y había un desgarrón en los vaqueros de Shane que iba a acarrear problemas para los cuatro.

Dejó escapar un suspiro prolongado y contempló el juego de luces del sol en las hojas.

—¿Les separamos? —preguntó Rafe sin demasiado interés.

—Bah —dijo Jared, secándose la sangre de la mejilla—. Casi han terminado.

Lleno de energía, Rafe se puso de pie y se sacudió los pantalones.

—Me voy a la ciudad. Quiero tomarme una soda en la tienda de Ed.

Devin dejó de retorcer el brazo de Shane y miró a Rafe con interés.

—¿Tienes dinero?

Con una sonrisa lobuna, Rafe hizo sonar las monedas de su bolsillo.

—A lo mejor.

Una vez lanzado el desafío, Rafe se apartó el pelo de los ojos y echó a correr a todo gas.

La estupenda perspectiva de aligerar aquel bolsillo de unas cuantas monedas era toda la provocación que Devin y Shane necesitaban. Repentinamente unidos en una causa común, se separaron de su lucha particular y echaron a correr tras el botín.

—Vamos, Jared —gritó Shane sin dejar de correr—. Vamos a la tienda de Ed.

—Id vosotros. Ya os veré luego.

Y siguió tumbado de espaldas, contemplando la luz que revoloteaba entre el palio de hojas. Cuando los pasos de sus hermanos se perdieron en la distancia, creyó oír los sonidos de la antigua batalla. Los disparos y los impactos de los cañones, los gritos de los que morían y de los moribundos. Luego, más cerca, la respiración jadeante de los perdidos y los aterrorizados.

Cerró los ojos, demasiado acostumbrado a los fantasmas de aquel bosque como para inquietarse con su compañía. Deseaba haberlos conocido, podría haberles preguntado qué se sentía al arriesgar tu vida y tu alma. Al amar una cosa, un ideal, un modo de vivir, tanto como para entregar todo lo que posees para defenderlo.

Creía que él lo haría por su familia, por sus padres y sus hermanos. Pero eso era distinto, ellos eran... su familia.

Se prometió a sí mismo que un día lo conseguiría. La gente lo miraría y sabría que allí estaba Jared MacKade, un hombre que defendía algo, un hombre que hacía lo que debía y jamás renunciaba a luchar.

## Uno

Jared quería una cerveza bien fría. Casi podía saborear aquel primer trago largo que empezaría a llevarse las hieles de un mal día en el juzgado con un juez idiota y una cliente que le estaba volviendo loco.

No le importaba que fuera tan culpable como un pecado, había sido algo accesorio antes y después de la oleada de pequeños robos que se habían sucedido en el West End de Hagerstown. Su estómago era lo bastante fuerte como para defender al culpable. Era su trabajo. Pero lo que le estaba poniendo enfermo y nervioso era que su cliente fuera a por él.

Aquella mujer tenía una visión muy desvirtuada de las relaciones entre el abogado y su cliente. Jared albergaba la esperanza de haber dejado bastante claro que, si volvía a tocarle el trasero, él la dejaría con el susodicho al aire y que se las apañara sola.

En otras circunstancias le habría parecido una molestia menor, incluso algo divertido. Pero tenía demasiadas cosas en la cabeza y en la agenda para dedicarse a jueguecitos.

Con un gesto irritado de la mano, puso un compacto en el estéreo del coche y dejó que Mozart le hiciera compañía durante el camino zigzagueante hacia casa. Se dijo a sí mismo que sólo se detendría una vez antes de tomar aquella cerveza.

Y ni siquiera habría tenido que detenerse si esa tal Savannah Morningstar se hubiera molestado en devolverle las llamadas.



Movió los hombros en sentido circular para aliviar la tensión y pisó el acelerador en una curva para complacerse con un poco de velocidad ilegal. Conducía deprisa por una carretera muy familiar, fijándose apenas en los primeros brotes de los árboles o en el cornejo que se preparaba para florecer.

Frenó para dejar pasar a un conejo que cruzaba y adelantó a una camioneta. Esperaba que Shane hubiera empezado a hacer la cena, pero entonces recordó con un juramento que era su turno.

El ceño le sentaba bien a su cara, a sus rasgos esculpidos, a la ligera imperfección de una nariz que se había roto dos veces, a la rotundidad de su mentón. Tras las gafas de sol, bajo el arco negro de las cejas, sus ojos eran fríos y profundamente verdes. Y, aunque apretaba los labios irritado, aquello no disminuía su atractivo.

A menudo las mujeres se quedaban mirando aquella boca y soñaban... Cuando sonreía, y aparecía el hoyuelo, suspiraban y se preguntaban cómo era posible que su esposa le hubiera dejado escapar.

Era una presencia dominante en la corte. Los hombros anchos, las caderas estrechas y el cuerpo nervudo y atlético, siempre con un aspecto impecable en su traje de sastre, aunque la envoltura elegante no alcanzaba a enmascarar el poder que latía debajo. El pelo negro se curvaba atractiva y ligeramente justo por encima del cuello de sus camisas almidonadas.

En los juzgados, no era Jared MacKade, uno de los hermanos que habían arrasado el sur del condado desde el día en que nacieron, sino Jared MacKade, abogado.

Echó un vistazo a la casa que se erguía sobre la colina a las afueras de la ciudad. Era la vieja propiedad Barlow que su hermano Rafe había comprado al regresar. Vio su coche aparcado al final del empinado camino de acceso y titubeó.

Se sintió tentado de acercarse, olvidar aquel último detalle del día y compartir la cerveza con Rafe. Pero sabía que

si su hermano no estaba trabajando con el martillo o con la sierra, o pintando alguna sección de la casa, estaría esperando a que llegara su esposa. Todavía le producía asombro que el peor de los hermanos MacKade fuera un hombre casado.

Pasó de largo y tomó la bifurcación de la izquierda que le llevaría dando un rodeo a la granja MacKade. Según su información, Savannah Morningstar había comprado la pequeña propiedad en el lindero del bosque sólo dos meses antes. Vivía allí con su hijo y no circulaban comentarios sobre ella, lo que quería decir que era muy discreta.

Jared se imaginaba que, en realidad, o bien era estúpida o bien desagradable. Para él, cuando una persona recibía un mensaje de parte de un abogado, respondía en seguida. Aunque la voz que había oído en su contestador automático era profunda, acariciante y asombrosamente sexy, no tenía ganas de encontrarse con su propietaria cara a cara. Aquello era un favor que le hacía a un colega y, por lo tanto, una molestia.

Divisó un momento la casa pequeña entre los árboles. Recordó que era poco más que una cabaña, tan sólo algunos años atrás le habían añadido un segundo piso. Se desvió por el sendero que marcaba el buzón de los Morningsstar, aminorando la marcha repentinamente para evitar los baches y socavones mientras estudiaba el edificio conforme se aproximaba.

En su origen, había sido una cabaña de troncos construida por un médico de la gran ciudad como lugar de vacaciones. Eso no duró mucho. Toda la gente de la ciudad añoraba la vida rústica hasta que la probaban.

Los alrededores eran tranquilos, los árboles, el gorgoteo pacífico de un arroyo colmado con las lluvias del día anterior, resaltaban la personalidad de la casa, sus líneas simples, su madera cruda y su porche despejado. La cuesta pronunciada que había enfrente era rocosa y, durante el verano, Jared lo sabía, se llenaba de hierbas altas. Se dio

cuenta de que alguien había estado trabajando allí. La tierra estaba removida y había sido mullida. Todavía había rocas, pero las habían utilizado para adornar la zona ajardinada. Habían plantado macizos y arriates de flores entre y detrás de las piedras.

No, alguien las estaba plantando en aquellos momentos. Vio la figura, sus movimientos, mientras llegaba a la cumbre y detenía el coche al final del sendero, junto a un viejo utilitario.

Cogió el portafolios, salió del coche y echó a andar sobre la hierba recién cortada. Se alegró de llevar las gafas de sol puestas cuando Savannah se incorporó.

Había estado de rodillas, rodeada de herramientas de jardinería. Cuando se movía, lo hacía despacio, con gestos lentos e impresionantes. Llevada una vieja camiseta amarilla y unos vaqueros desgarrados hasta el límite de lo estrictamente legal. Sus piernas eran interminables.

Estaba descalza y tenía las manos llenas de tierra. El sol brillaba en su pelo, tan abundante y negro como el de Jared. Lo llevaba recogido en una trenza suelta a la espalda. Sus ojos también quedaban ocultos tras unas gafas oscuras, pero lo que podía ver de su cara era fascinante.

Jared pensó que si un hombre pudiera dejar de prestar atención a aquel cuerpo, podría pasar mucho tiempo contemplando aquel rostro. Los pómulos eran altos y tersos bajo una piel del color del oro. Una boca llena que no sonreía y una nariz recta y afilada sobre una barbilla ligeramente puntiaguda.

—¿Savannah Morningstar?

—La misma.

Jared reconoció la voz que había oído en el contestador. Nunca había conocido una voz que se complementara tan bien con un cuerpo.

—Soy Jared MacKade.

Savannah inclinó la cabeza y el sol arrancó un destello de sus gafas ambarinas.

—Bueno, tiene pinta de ser abogado. Últimamente, no he hecho nada que necesite representación legal.

—No voy de puerta en puerta buscando clientes. He dejado varios mensajes en su contestador.

—Lo sé —dijo ella, agachándose otra vez para plantar un manojo de flores violetas—. Lo bueno de esas máquinas es que no tienes que hablar con gente de la que no quieres saber nada. Obviamente, no quería hablar con usted, abogado MacKade.

—No es estúpida —declaró él—. Sólo grosera.

Con una mueca divertida, Savannah acabó de apretar la tierra en torno a las raíces someras y levantó la cabeza para mirarle.

—Es verdad, lo soy. Pero ya que está aquí puede contarme eso que tantas ganas tiene de decirme.

—Un colega mío de Oklahoma me llamó después de localizarla.

La sensación de vértigo en su pecho desapareció rápidamente. Con gestos deliberados, Savannah cogió otro manojo de flores. Se tomó su tiempo para cavar con el plantador.

—Hace diez años que no paso por Oklahoma. No recuerdo haber quebrantado ninguna ley antes de marcharme.

—Su padre contrató a este colega mío para que la localizara.

—No me interesa.

El buen humor con que había estado sembrando los arriates había desaparecido, no quería contaminar aquellas flores inocentes con el veneno que estaba destilándose en sus entrañas. Volvió a levantarse y se limpió las manos en los pantalones.

—Puede encargarle a su colega que le diga a mi padre que no me interesa.

—Su padre ha muerto.

Jared no había tenido intención de decirlo de aquella manera. No había mencionado al padre ni su muerte por teléfono porque no tenía corazón para confiar esas noticias a una máquina. Todavía recordaba el dolor agudo y penetrante de la muerte de sus propios padres.

Savannah no abrió la boca, ni se tambaleó, ni lloró. Se quedó de pie, asimiló la noticia y renunció a la pena. Pensó que una vez había habido amor y necesidad donde ahora no había nada.

—¿Cuándo?

—Hace siete meses. No ha sido fácil encontrarla. Siento que...

—¿Cómo? —preguntó ella interrumpiéndole.

—Una caída, Según mi información, estaba haciendo el circuito del rodeo, tuvo una mala caída y se golpeó la cabeza. No perdió mucho tiempo la consciencia, pero se negó a ir al hospital a hacerse una radiografía. Sin embargo, se puso en contacto con mi colega y le dio instrucciones de que la encontrara. Una semana después, su padre sufrió un colapso. Embolia.

Savannah escuchó sin hablar, sin moverse. En su mente, podía ver al hombre que una vez había conocido y amado sujetándose a la silla de un mustang corcoveante, con una mano alzada al cielo. Podía verle reír, podía verle ebrio. Podía verle murmurándole palabras de cariño a una yegua vieja y podía verle ardiendo de vergüenza y rabia al echar a su única hija de casa. Pero no pudo verle muerto.

—Bien, ya me lo ha dicho.

Y con aquellas palabras, dio media vuelta y echó a andar hacia la casa.

—Señorita Morningstar.

Si Jared hubiera detectado pena en su voz, la hubiera dejado a solas, pero no había oído nada de eso.

—Tengo sed —dijo ella sin volver la cabeza. Anduvo por el sendero que cruzaba la hierba, subió al porche y cerró de un portazo.

«¿Ah, sí?», pensó Jared echando chispas. «Pues yo también. Y voy a terminar de una vez con este maldito asunto para beber un buen trago de cerveza».

Jared entró en la casa sin molestarse en llamar. Los muebles del pequeño salón estaban pensados para la comodidad, sillas con cojines grandes y mullidos, y mesas sólidas que podían aguantar el peso de unos pies cansados. Las paredes tenían un tono ocre que combinaba perfectamente con el suelo de pino. También había toques de color vívidos que contrastaban con los tonos cálidos, los cuadros, los cojines, y los juguetes desparramados sobre alfombras de colores brillantes. Jared recordó que ella tenía un niño.

Las encimeras de la cocina eran de un blanco brillante y el suelo de la misma madera de pino resplandeciente. Savannah fue al fregadero para lavarse las manos. No se molestó en hablar, pero se las secó antes de sacar una jarra de limonada del frigorífico.

—Me gustaría acabar con esto tanto como a usted —dijo él.

Savannah suspiró, se quitó las gafas de sol y las dejó sobre un poyo. Se recordó a sí misma que aquel hombre no tenía la culpa. No del todo, al menos. Si lo pensaba detenidamente, no era culpa de nadie.

—Parece sediento.

Le sirvió un vaso alto y se lo alcanzó. Tras echarle un vistazo con unos ojos almendrados, del color del chocolate fundido, se dio la vuelta para ponerse ella otro.

—Gracias.

—¿Va a decirme que mi padre tenía deudas que yo debo saldar? Si es así, será mejor que sepa que no tengo ninguna intención de hacerlo.

La tensión del miedo en la boca de su estómago casi había desaparecido. Se apoyó de espaldas en un mostrador y cruzó los pies descalzos a la altura de los tobillos.

—Lo que poseo, lo he ganado con mi esfuerzo y voy a conservarlo.

—Su padre le dejó siete mil ochocientos veinticinco dólares. Y algo de dinero suelto.

Jared observó que el vaso de Savannah se detenía, titubeaba, y luego proseguía el viaje hacia sus labios. Bebió lenta, pensativamente.

—¿De dónde sacó siete mil dólares?

—No tengo idea. Pero el dinero está depositado en una cuenta de ahorros de Tusla —dijo él, abriendo el portafolios sobre una pequeña mesa de carnicero—. Sólo tiene que enseñarme algún documento que pruebe su identidad, firmar estos papeles y la herencia le será transferida.

Savannah dejó el vaso de un golpetazo, su primer signo de emoción.

—No la quiero. No quiero ese dinero. Jared dejó los papeles sobre la mesa.

—Es suyo.

—He dicho que no lo quiero.

Con paciencia, Jared se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo superior de su chaqueta.

—Por lo que entiendo, mantenía algunas desavenencias con su padre.

—Usted no entiende nada —replicó ella—. Y lo único que necesita saber es que no quiero el maldito dinero. De modo que vuelva a meter los papeles en ese elegante portafolios suyo y váyase.

Acostumbrado a las discusiones, Jared mantuvo la mirada, y el temperamento, firme.

—Su padre dejó instrucciones para que, en el caso de que usted se negara a aceptarlo o no pudiera reclamarla, la herencia pasara a su hijo.

La mirada de Savannah empezó a ablandarse.

—No meta a mi hijo en esto.

—Los procedimientos legales...

—Guárdese sus legalidades, es mi hijo. Mío. Y es mi decisión. Ni queremos ni necesitamos el dinero.